

DESPLIEGUES DE VIOLENCIA Y FORMAS DE TERRITORIALIZACIÓN DE LAS SEXUALIDADES

Santiago Morcillo

Universidad de Buenos Aires / CONICET (Argentina)

santiagomorcillo@gmail.com

Resumen

Este trabajo constituye una reflexión crítica sobre la novela *El lugar sin límites*, escrita por José Donoso. Se busca hacer un análisis sociológico de las construcciones sociales encarnadas en los personajes y sus relaciones. Centrándose en las representaciones de la violencia en relación con la sexualidad, el género y los territorios/límites en la obra; se analizan los caracteres de los propios protagonistas y los vínculos que entre ellos surgen, como expresiones de los constructos e imaginarios socioculturales presentes. En este marco se considera la relación entre la violencia y las posiciones de subalternidad y abyección. Para ello se focaliza en las particularidades que adquieren las relaciones entre los personajes tomando como ejes: las relaciones de poder/jerarquías y de género, las alianzas y enfrentamientos, las formas de violencia, las sexualidades y los espacios territoriales en que se dan sus vinculaciones.

Palabras clave: sexualidad, género, violencia, territorios, literatura latinoamericana.

Aproximándonos a los límites

La ficción, y la literatura en particular, brindan un campo fértil de análisis como enunciación de las realidades sociales y de los imaginarios que circulan en ellas. *El lugar sin límites* escrita por José Donoso en 1965, usualmente considerada una novela característica del “boom” de la literatura hispanoamericana, es además representativa de las identidades y relaciones de género, las sexualidades y las formas de la violencia en las sociedades latinoamericanas. A su vez, en forma similar a los textos vanguardistas latinoamericanos, en esta novela –en tanto parte del “boom”– se escenifican identidades nacionales que se hacen visibles en el uso de voces y temporalidades fragmentarias que parecen replicar los procesos constantemente interrumpidos de la historia latinoamericana.

Al igual que otros textos incluidos en el “boom”, *El lugar sin límites* plantea una ruptura con la narrativa realista, apela a técnicas surrealistas, y hace estallar la cronología y el estatuto tradicional del personaje, a la vez que, de esta manera, convoca a la interpretación creativa del lector. Un mecanismo de esta índole, muy presente en esta novela, es el constante deslizamiento entre los pensamientos de los distintos personajes, sus dichos y la narración de un observador, emergiendo así un texto que borronea o volatiliza los límites de cada uno de ellos (1). Esta técnica, además, permite a Donoso crear un ambiente confuso, una sensación caótica, que se condice con el carácter decadente de la burguesía retratada.

A continuación describiremos sucintamente algunos rasgos de los personajes centrales de *El lugar sin límites*, para luego abordar los ejes de nuestro análisis y finalmente apuntar algunas reflexiones.

Japonesita: hija de la Japonesa grande de quien hereda el burdel. A pesar de sus dieciocho años, aún no menstrúa. Es flaca, fea y se mantiene virgen. Podría ser vista como una imagen de la femineidad virginal, tal como lo hacen algunos estudios (González, 2006); pero, en verdad, parece un ser asexual, cuyo deseo no logra florecer, acumula dinero pero tampoco pone en los negocios su libido. El haber sido producto de una “unión bizarra” la marcaría con esa ambigüedad dándole ese carácter lúgubre: siempre moviéndose en la oscuridad, con poquísima luz, siempre con frío.

Japonesa grande: la primera dueña del burdel. Es puro fuego, calor vital, de contextura grande, llena de esperanzas, ansía el crecimiento, se propone desafíos. Hay algo desbordante en su carácter (queda explícito en el acto sexual en que concibe a su hija junto a la Manuela). Está, como todos en el pueblo, bajo la égida de don Alejo Cruz y en su burdel se centra la campaña electoral de éste. Como buena regente de un burdel, no se permite enamorarse de ningún hombre. Sólo tuvo amoríos con don Alejo en su juventud, aunque ahora es casi un amor platónico; tal vez podemos pensar que la Manuela la enciende en su encuentro –no obstante sería, en realidad, el hecho de “desvirgar” a la Manuela lo que enciende a la Japonesa grande–.

Manuela: aparece como un ser migrante, llega desde otro lado, está refugiada en el burdel –del cual se volverá co-propietaria–, en su rol de travesti, bailarina/prostituta. Pero es una subjetividad nómada, las circunstancias de su vida la llevaron a estar constantemente en movimiento por muchos pueblos, desde Talca a El Olivo, desde una primigenia y asignada masculinidad, a

performatizar a la Manuela con su vestido rojo.

Pancho: camionero, hijo de un tonelero, tosco, de manos duras y pesadas. Tiene un deseo que lo inunda y lo desborda enfrentándolo a sus propios temores y a las luchas y alianzas del mundo de la masculinidad hegemónica. Desea a la Manuela –tal como deseaba jugar a las muñecas con la Moniquita (hija de Cruz)– pero no puede tolerar la mirada vigilante de los otros machos. Es el único que, encorajinado su cuñado y compadre Octavio –quien es ajeno a la omnímoda influencia de don Alejo–, decide hacer frente al dominio de Cruz.

Don Alejo Cruz (y sus perros): hombre mayor, gran hacendado, terrateniente y heredero de la familia que siempre llevó las riendas en El Olivo. Pretende dirigir los designios de todo el pueblo y de todos y cada uno de sus habitantes, los hace vivir, reír y también los hace sufrir y morir. Tiene varias mujeres, aunque Misia Blanca, una distinguida señora rubia –ahora canosa–, es su esposa. Tiene el poder de ilusionar al pueblo y hace creer la fábula de que la luz llegará a El Olivo; pero su hegemonía se irá resquebrajando, por ello aparece siempre rodeado de sus cuatro perros negros. De esta forma se asegura el respeto y a la vez mantiene su “aura divina” pues pone en los canes la brutalidad de la amenaza para quien se atreva a contradecirlo.

Territorio, límites y decadencia

La novela transcurre en la Estación El Olivo, un pueblo del valle central chileno. Varios estudios sobre esta novela, guiados por la cita del epígrafe (2), caracterizan a este pueblo como un infierno en el cual los personajes están condenados a vivir; como contrapartida aparece Talca, la “ciudad grande” donde todos tendrían oportunidades de mejorar sus vidas. Donoso delinea a El Olivo como un pueblo decadente, donde el progreso prometido nunca llegará: la nueva carretera toma otro camino, pasa a dos kilómetros, “plateada y recta como un cuchillo: de un tajo le cortó la vida a la Estación El Olivo”. El caserío está destinado a permanecer en las tinieblas, la luz (eléctrica) no se hará en este territorio.

Al parecer, en el momento de auge de la Estación El Olivo –cuando la consagración de don Alejo como senador–, la estación de tren funciona como un lugar generador de movilidad. Al rol modernizante del tranvía, podemos sumar la función sexualizadora del espacio que genera en un pueblo la estación de tren al poner en peligro los límites de la sexualidad tradicional, tal como analizan Gerodetti y Bieri (2006). La estación de tren como punto donde se abren las fronteras del territorio representa una posibilidad y una amenaza, tanto en lo socio-económico como en lo cultural-sexual, y como tal debe ser controlado de alguna forma. En la escena de la llegada de la Manuela al pueblo queda clara esta función y, ni bien baja del tren, las vecinas –esposas de los trabajadores que a la noche festejarían en el burdel el triunfo electoral de Cruz– escudriñan con la mirada su cuerpo indefinido, tratan de codificar esa compleja ambigüedad para sexualizarla y generizarla.

Sin embargo, cuando pasa el carnaval tramado por Cruz, en el cual todos en el pueblo han puesto sus esperanzas, comienza a develarse el estancamiento de la Estación El Olivo, se nota que el propósito del tren era sólo transportar el vino de don Alejo, y la frecuencia de los trenes desciende. Al final solamente la Japonesita viaja en el tren a llevar afuera, a Talca, sus ganancias. El tren aparece entonces como un drenaje lento, cada vez más lento, del dinero y los productos de El Olivo, casi como la herida que lentamente desangra al moribundo.

Don Alejo Cruz es el gran patriarca, dueño de todo y de todos, el padre sospechado de la mayoría de los pobladores –sospecha que complementa con el paternalismo típico del caudillo hacendado–. Su figura evoca aquella de Pedro Páramo de Rulfo, pues en ambos casos los territorios están muy ligados a sus terratenientes, atados a sus humores y vaivenes, cuando los latifundistas declinan todo muere junto con ellos, se llevan los pueblos completos a su tumba. Don Alejo es quien un día decidió levantar este pueblo, les dijo a hombres y mujeres que en esta tierra “*todo se va a ir para arriba*”, y es él quien ahora lo hace desaparecer. El territorio está, de hecho, hundiéndose a la par de la salud de Cruz. En el centro de este territorio infernal está el burdel de la Japonesita y es precisamente la pista de baile central la que se está hundiendo junto con el constante pisoteo de todos los huasos ebrios. Ahora que todas las promesas electorales de Cruz se han hecho trizas, la “civilización” parece ceder ante la naturaleza, las plantas de zarzamora avanzan “*devorando las habitaciones de las casas abandonadas*” (que son la mayoría de las viviendas), en definitiva “*El Olivo no es más que un desorden de casas ruinosas sitiado por la geografía de las viñas que parece que van a tragárselo*”. La Estación El Olivo, cuyos límites van siendo borrados por la misma naturaleza, va quedando al mismo tiempo cada vez más aislada.

Don Alejo Cruz es el territorio en *El lugar sin límites*. Quiere comprar el burdel –que fuera siempre de su familia– y ser definitivamente el propietario de todo. Por ello Pancho planea mudarse a Talca. Busca salir de El Olivo, que es a la vez querer emanciparse de Cruz, por ello se mimetiza con su camión rojo –como el vestido de la Manuela– ya que este le permitiría huir de ese territorio en descomposición. Don Alejo, “tal como había creado el pueblo”, a la manera una voluntad divina, planea hacerlo

desaparecer y “volvería a unir los adobes de los paredones a la tierra de donde surgieron”. “Acá en el pueblo es como un Dios. Hace lo que quiere”, explicaba la Japonesa grande.

Otra de las características que le da rasgos infernales a este territorio enlaza con la temporalidad del relato que transcurre en un eterno y único domingo. En el infierno no hay tiempo, la cronología, las formas de ordenamiento del tiempo no tienen sentido pues no hay nada que esperar, el tiempo está fragmentado, estallado. En el lugar sin límites la intensidad del tiempo parece caer en un pozo en el “día más flojo” para el burdel de la Japonesita, prolongadas siestas de resaca y una lluvia que oscurece todo abren los caminos para rememorar las épocas en que la Estación El Olivo se nutría de esperanzas. Entonces aparecen, se van filtrando lentamente, la tensión y la expectativa, en parte por las noticias que don Alejo pueda traer acerca de la luz, pero sobre todo por la probable visita al burdel, ansiada y temida a la vez, de Pancho Vega -el macho bruto que genera deseo y terror por partes iguales-. Sin embargo estas posibilidades de un renacer -o del éxtasis erótico- servirán solo para hacer más claro aún cuál es el auténtico destino de este poblado: “todo iba a continuar así como ahora, como antes, como siempre”. En las últimas páginas del texto la Japonesita, mientras espera para cerrar el burdel, con las últimas gotas de vino, viendo el amanecer de un nuevo lunes que no tendrá nada de nuevo, piensa amargamente: “Las cosas que terminan dan paz y las cosas que no cambian comienzan a concluirse, están siempre concluyéndose. Lo terrible es la esperanza”.

El único límite que aparece claro en el territorio de El Olivo es el del fundo. Como no podría ser de otra manera don Alejo Cruz tiene bien demarcado el terreno de sus viñas, las cuales están ordenadas, simétricas. En realidad, está cercado únicamente el comienzo de sus cultivos, pero nadie parece saber hasta donde se extienden, más allá de lo visible “se unen con la cordillera”. Esta demarcación no responde a una necesidad de delimitar su propiedad, pues el pueblo es suyo –en rigor, aparecen como suyos el galpón donde funciona la iglesia y a la vez las reuniones del partido político de Cruz, la oficina del correo y el galpón de la estación del tren–. La delimitación, que está dada por un alambrado y un canal típico de los viñedos andinos, aparece como una clara señal de distinción de Cruz. Esta señal, al igual que su perenne imagen –con la manta de vicuña, sus ojos azules, su barba y cabellos blancos y los “inmortales” cuatro perros negros que lo rodean por donde va– lo pone en un lugar lejano al resto de los pobladores. Aunque don Alejo, un buen líder político, sepa mezclarse entre los habitantes de El Olivo y pueda entrar “como en su casa” al burdel de la Japonesita, siempre estará claramente separado y por encima de los otros pobladores del lugar –solamente al final, cuando Pancho y Octavio saldan la deuda de su camión, se diluye esta supremacía y con ella se deshace todo el pueblo–.

Es en esta, la única frontera clara, que se da el acto de mayor violencia del texto: la muerte de la Manuela. Antes de poder cruzar el canal y quedar bajo el amparo de don Alejo, la Manuela perece bajo las manos furibundas de Pancho y Octavio. Luego los perros de don Alejo se encargarán de borrar del límite el cadáver ominoso.

Violencia, sexo y géneros

Tres tipos de violencia, que se mezclan y se refuerzan mutuamente, pueden considerarse parte de un continuo, desde lenguaje y significaciones hasta golpes y heridas. Así tenemos: violencia moral o simbólica –expresada en insultos y formas de nominación que comportan un deterioro de la imagen social–; sexo/violencia sexual; y violencia física o material –desde empujones y golpes hasta dar la muerte–. Al largo de toda la novela aparecen las distintas formas de violencia como forma de re-afirmar los límites y establecer los patrones de género, sus jerarquías y alianzas.

La masculinidad dominante aparece constantemente en los varones del relato, yendo desde una modulación más “galante” y refinada –pero no por ello menos dominante– como la de don Alejo, apodado el futre, hasta el estereotipo de “macho bruto”, borracho y camionero, encarnado en Pancho. Justamente en este personaje será donde aparezcan las formas divergentes de la masculinidad, en su persistente deseo por la Manuela. No creemos que sea lo más productivo hablar en este caso de “homosexualidad reprimida” como plantean algunos de los trabajos que analizan esta obra (por ej. González, 2006, o Náter, 2006). Hallamos un marco más comprensivo, menos dicotómico, planteándolo como un deseo –el de Pancho– que, sin gestar una clara identificación homosexual sino como un exceso de masculinidad heterosexual (3) –como un desborde del macho– habilita y requiere la emergencia de una posición de abyección –la de la Manuela–.

Al llegar la Manuela al pueblo, deberá pasar por un “bautismo” para recién encontrar un relativo resguardo en su lugar de bailarina/prostituta, “el maricón ese, que hace unos números de baile tan divertidos”. Antes de poder ubicarse en el pueblo en ese lugar, emplazado territorialmente en el burdel, será víctima de algunos insultos, toqueteos, y luego arrojada al agua, en medio de los festejos por el triunfo de Cruz. En el agua, en el mismo canal limítrofe –el que separa las viñas de Cruz del resto del pueblo– donde luego morirá, queda expuesta su fisonomía, se ve obligada a quitarse el vestido –su fetiche performático– y los hombres contemplan su atributo sexual.

De este acto de sexualización, donde la corporalidad de la Manuela es interpelada, surgirá la apuesta de la Japonesa grande,

quien, como exaltación de la seducción femenina, quiere demostrar que puede excitar a la Manuela. En una de las escenas más interesantes y complejas de la novela, narrada en detalle recién hacia el final, surgen a la vez el intento de sexualización y virilización de la Manuela, y un desafío a don Alejo –lo apostado es justamente la propiedad del burdel que regentea la Japonesa pero que aún no posee–. Sin embargo, la Japonesa persuade a la Manuela para que, entre ellas, alteren lo que don Alejo y los otros hombres ven, en medio de sus roces eróticos surge una expresión fuertemente cargada de ambigüedad que trastoca los límites y las identidades atribuidas: la Japonesa le dice a la Manuela “yo te estoy haciendo gozar porque yo soy la macha y tú la hembra”.

Nuestra lectura acá es sensiblemente distinta de otras, donde por ejemplo se concibe este encuentro como un acto lésbico (Náter, 2006), ya que de esta forma –en la misma línea de quienes hablan de la Manuela como una “inversión” (ver Sarduy, citado en Náter, 2006; o Aguilar, 2003)– se encasillan los procesos de formación y transformación de las subjetividades en categorizaciones binarias. Creemos que puede ser interesante intentar pensar más allá de las dicotomías y de esta forma leemos, en particular esta escena, como una rarificación de los términos binarios, más cercana a la lectura de Cánovas (2000). Entre la Japonesa grande y la Manuela estallan los límites y el deseo hace aparecer aquello que nadie imaginaba como posible. Paradójicamente, de este encuentro, de esta fusión y confusión de identidades, plagado de erotismo en el sentido batailleano de perderse en el otro, nacerá la Japonesita, la heredera del burdel, un ser asexuado. La Japonesita se encargará de recordarle constantemente a la Manuela, muy a pesar de esta, su paternidad pues lo llama “papá”, hecho que podemos interpretar como un recordatorio de las múltiples infracciones al régimen binario cometidas por la Manuela.

Justamente la ambigüedad de la Manuela es transformada decididamente en abyección (4) en el momento del contacto erótico con Pancho bajo la mirada del Otro (Octavio). Entonces se esfuma aquel lugar de tolerancia, el de la bailarina/prostituta, que está representado en el papel del vestido rojo de española, aquel que la Manuela aprecia tanto, que cuida, cose y remienda una y otra vez. La vestimenta cumple un rol crucial en la subjetividad travesti, como señala Fernández (2004), aquel vestido que es escondido en la habitación familiar será el mismo que es exhibido con osadía cuando pasa a la prostitución. En la novela el vestido y su progresivo deterioro nos dan una idea de los resquebrajamiento que sufre la identidad performática de la Manuela. Así cuando ya el vestido está deshilachado por completo, aparece Manuel González Astica como un ser abyecto, el vestido ya no lo “cubre” frente a la mirada interpelante, categorizadora del Otro.

Es de este ser abyecto del cual Pancho debe distanciarse, marcar una diferencia, instado por Octavio, pero además por su propio temor, el temor a perderse a sí mismo en los brazos de la Manuela, por ello golpea firmemente a Manuel González Astica llamándolo “maricón asqueroso”. Ahí se suscita la violencia que busca desesperadamente dibujar los límites de lo subalterno, en una batalla con el deseo, pero un deseo que concibe al otro como un objeto y no como un igual. Se conforma una extraña amalgama empapada de repugnancia, una de las emociones que suscita lo abyecto (Figari, 2007).

En imágenes que aparecen en la escena de la golpiza y muerte de la Manuela se pueden leer varias de las “asociaciones metafóricas” que Figari (2007) señala en relación a la abyección: “jadeando sobre él los cuerpos calientes retorciéndose sobre ella [...] los tres una sola masa viscosa retorciéndose como un animal fantástico de tres cabezas y múltiples extremidades heridas e hirientes, unidos los tres por el vómito y el calor y el dolor”. Podemos ver acá, por un lado una referencia a la animalidad, más precisamente a la monstruosidad –intersección ciega entre la naturaleza y lo humano, pero expulsada de ambos reinos, frente a la cual no responde la ley sino la violencia (Morcillo, 2004)–. Según Figari (2007) “Lo monstruoso y lo animal no sólo desagradan, huelen mal, asquean, sino que nuevamente atemorizan. Lo animal es incivilitación, el fin de la sociedad”. La animalidad, como una de las características de lo abyecto se hace más presente que nunca pues serán luego los perros de don Alejo –estos canes que aparecen ante todos como inmortales y representan claramente el rigor de la Ley (5)– quienes se encargan de desmembrar, de hacer desaparecer el cuerpo abyecto y maltrecho de la Manuela. Este cuerpo amenazadoramente deforme muestra otra de las asociaciones metafóricas, pues juega con mostrar lo fragmentado del cuerpo real haciendo temblar la tranquilizadora imagen del cuerpo del imaginario, del yo en términos lacanianos. Por ello, en el temor a la propia disgregación del yo surge la violencia más extrema, no basta con matar a este ser abyecto, ahora que se aproxima a los otros debe ser mutilado o directamente despedazado. Por último, lo abyecto se halla vinculado a metáforas de contaminación. Siguiendo a Mary Douglas podríamos pensar que la posibilidad del contagio en el contacto con las impurezas que exceden los límites corporales demandará aquí el sacrificio purificador. En este sentido se pueden tomar también las reflexiones acerca de la violencia y el sacrificio de Girard (1983), con algunas salvedades pues acá no estaríamos hablando de un rito sacrificial instituido en un marco religioso, sino de una especie de “tribunal de sexo/género” que sacrifica a la Manuela para purificar a Pancho. De todas maneras, sí parece coherente con el planteo de Girard puesto que la víctima sacrificial es también en este caso alguien que, como ser abyecto, está fuera de la sociedad, o mejor, alguien que no es un igual.

Queremos reflexionar ahora comparando dos escenas fundamentales, que, aunque están muy separadas cronológicamente

aparecen próximas en la narración –y desde nuestra óptica ello no es casual–. Nos referimos al encuentro erótico entre la Manuela y la Japonesa grande, y al “beso de la muerte” que la Manuela da a Pancho. En ambas escenas aparece el deseo sexual y las relaciones de poder mediando distintas formas de violencia. Entendemos que en estas escenas se pueden evidenciar las vinculaciones entre violencia, límites, abyección/subalternidad y poder/jerarquías. Para comprender esto creemos importante tomar en claro las posiciones jerárquicas que ocupan los personajes. De esta forma podemos analizar la violencia desde lo que Rita Segato (2003) denomina los dos ejes de la violencia: un eje vertical que implica la relación entre la víctima y el victimario, y un eje horizontal que involucra las relaciones de alianza/competencia.

En el triángulo que se constituye entre la Japonesa grande, la Manuela y don Alejo como observador de la escena erótica, la escala jerárquica es claramente liderada por don Alejo. Ello brinda el margen para que entre la Japonesa grande y la Manuela pueda emerger una alianza espontánea, una cierta complicidad entre subalternos que, aunque está bajo la mirada de don Alejo logra en alguna medida escapar de su control. Es esta alianza la que permite que el deseo mantenga la relativa violencia en el ámbito de la sexualidad sin llegar a la destrucción, y, a la vez, la alianza que les permite a ambos ganarle la propiedad del burdel a don Alejo.

Si bien no es posible pensar que este hecho representa una subversión completa (6) en los términos de las relaciones de subalternidad que mantienen los personajes con don Alejo, es importante tener en cuenta que el vínculo aparece mediado por una suerte de “contrato” constituido por la apuesta, lo cual supone una detención de la violencia previa. Así, de la alianza tramada entre la Japonesa grande y la Manuela ambas lograrán arrebatar su propio terreno lo cual representa –aunque sigan bajo el poder de don Alejo– una relativa relocalización de los diferenciales de poder, sobre todo para ellas, quienes nunca habían tenido un lugar propio y quedaron siempre a expensas de los humores de los propietarios.

Ahora, en el triángulo que se conforma entre la Manuela, Pancho y Octavio las relaciones serán diferentes. Para entender esto daremos un pequeño rodeo. Pancho busca afanosamente, como ya dijimos, independizarse de don Alejo, para lo cual debe, como señala Aguilar (2006), pagarle la deuda de su camión, debe obtener su propio falo –acá la metáfora fálica es por demás evidente, el camión, rojo, con una bocina ronca y caliente que lo distingue en el pueblo y que emula la voz de Pancho, es su propiedad más preciada, más aun que su mujer y su hija, es lo que lo hace un hombre–. Será Octavio quién entable la alianza con Pancho y lo ayude a saldar la deuda. Así se teje un doble vínculo entre estos dos hombres, además de ser partícipes en el “intercambio de mujeres” (cfr. Levi-Strauss, 1981) a través de su lazo como cuñados, Octavio es el compadre de Pancho y le brinda la posibilidad de romper los lazos de opresión con Cruz, le brinda la posibilidad de su propio falo.

Esto libera a Pancho y lo conduce desenfrenadamente hacia el burdel, donde espera ansiosamente, ardientemente, la aparición de la Manuela. Ella hace su baile ritual rozándolo y alimentando su deseo –que no está para nada exento de violencia–: “El baile de la Manuela lo soba, y él quisiera agarrarla así, así, hasta quebrarla, ese cuerpo olisco [...] apretándola para que no se mueva tanto, para que se quede tranquila, apretándola, hasta que me mire con esos ojos de redoma aterrados y hundiendo mis manos en sus vísceras babosas y calientes para jugar con ellas, dejarla allí tendida, inofensiva, muerta: una cosa”. Pancho en ese momento estaba desafiando su propia hombría: “si soy hombre tengo que poder ser capaz de sentirlo todo, aún esto”; pero el desafío es también frente a la mirada de los otros hombres. Frente a la mirada de Octavio, su compadre. Es en ese momento en que confluyen la mirada de Octavio y el intento de la Manuela por besarlo, en el cual, como dijimos, Pancho atemorizado descarga su deseo mutado en ira sobre el cuerpo abyecto de la Manuela. Prima entonces la alianza entre hombres, la alianza masculina dominante sojuzga al maricón, a la travesti loca y la arroja fuera de este mundo. Las emociones, fundamentalmente la repugnancia y el miedo, ya no pueden mantener la violencia dentro del marco sexual, va más allá, hasta el límite de la destrucción, hasta matar a la Manuela, quitarle su lugar de sujeto y eyectarla fuera del mundo humano: “una cosa”.

Para comenzar a agrietar los cercados....

Antes de comenzar estas ideas con que vamos al finalizar el presente trabajo es importante hacer algunas consideraciones de orden sociológico que nos permitan comprender la magnitud de la violencia dirigida hacia las travestis. Las estadísticas oficiales a este respecto son escasas. Resultan un aporte significativo los datos obtenidos por el Grupo de Estudios sobre Sexualidades (G.E.S.) en las encuestas realizadas en las llamadas “marchas del orgullo GLTTBI” de los años 2004 y 2005 en la ciudad de Buenos Aires, y en el año 2007 en Santiago de Chile –en que la encuesta estuvo a cargo de UCN, CLAM y MUMS–. En todas las ocasiones es muy claro el perfil de la violencia: son siempre las personas trans quienes son agredidas con mayor frecuencia, incluyendo la violencia física y sexual en la cual las personas trans triplican el nivel de incidencia en comparación con los otros grupos (Figari et al., 2005; Jones, Libson y Hiller, 2006; Barrientos, 2008). Esta tendencia general también aparece en otros estudios, por ejemplo los realizados en las marchas homónimas en las ciudades de Sao Paulo, Río de Janeiro. Además, investigaciones realizadas en Brasil confirman que la mayor parte de la violencia contra travestis ocurre en la vía pública –al igual

que en Buenos Aires– y permanece impune, es decir que no recibe sanciones formales del sistema jurídico (Carrara y Vianna, 2006).

Considerando esta situación puede ser significativo indagar en los imaginarios que circulan alrededor de estas formas de la violencia, es decir la violencia hacia los seres constituidos como abyectos –así como sus vínculos con la sexualidad y los territorios/límites–. En este sentido la ficción, y la literatura en particular, brindan un campo fértil de análisis como enunciación de las realidades sociales, de los imaginarios que circulan en ellas y las formas que estos adquieren al plasmarse en los textos.

No hemos pretendido elaborar un análisis específicamente literario de la “obra” *El lugar sin límites*, sino captar desde una perspectiva sociológica las construcciones sociales que allí se ponen en juego. Para ello hemos focalizado en los caracteres que adquieren las relaciones entre los personajes tomando como ejes: las relaciones de poder/jerarquías, las formas de violencia, las sexualidades y los espacios territoriales en que se dan sus vinculaciones. Para sintetizar las reflexiones fruto de esta tarea comenzaremos por proponer algunas nociones acerca de los vínculos de la violencia y el lenguaje, para luego abordar nuestra problemática más específica.

La violencia marca los límites del lenguaje, tanto en el sentido de que representa el fundamento que permite asentar las significaciones y formar los conceptos –pensados estos en un sentido nietzscheano como efectos de las luchas– como en el sentido de que, en el momento mismo en que se está desarrollando la agresión, representa el límite del lenguaje y lo excluye. La violencia no tiene un significado preciso y sin embargo hace necesario estructurar nuestro lenguaje en una serie de binarismos cargados de valoraciones, a la vez que sistemáticamente destruye el sentido, es también la violencia (y/o el sufrimiento que ella ocasiona) la que reclama incesantemente ser inscripta y re-inscripta en el lenguaje (Redding, 1998).

Por ello creemos posible tratar de pensar la violencia impresa sobre los seres configurados en abyección como fundante de un lenguaje –sin que ello implique abandonar una lectura agonística–. Surge así una compleja trama de símbolos, que nos convocan incesantemente a su lectura y relectura. Ahora bien, ¿qué “dice” esta violencia hacia lo abyecto? Creemos que, entre otras cosas que pueden ser “leídas”, supone la destrucción de los cuerpos diferentes; estos cuerpos que, bajo la matriz regulatoria, son configurados como abyectos, como lo “otro” (y que sin embargo es condición constitutiva de lo “mismo”) deben, para ello, ser destruidos llegado un cierto punto. Es en este sentido que leemos la muerte de la Manuela acontecida en la frontera, en el punto exacto en que “la corriente sucia la separa de la ordenación de la viñas”, es entonces el terror de esta violencia lo que es empleado como medio para establecer fronteras y hacer exclusiones.

La violencia sería entonces una de las condiciones fundantes a la vez de un límite territorial y de los límites del sujeto (y de determinados modos de la subjetividad). Reformulando las ideas de Benjamin, decimos que la violencia de Pancho y Octavio sobre la Manuela es a la vez violencia fundadora y conservadora, acá, de sus relaciones de género y de los márgenes de sus contactos sexuales. A su vez toda la subjetividad, en realidad la no-subjetividad, es decir la posición de abyección, de la Manuela ha sido históricamente fundada a partir de distintas violencias que fueron dejándola en los márgenes, desde su expulsión de la escuela por haber sido encontrada “con otro chiquillo”, su subsiguiente huida del hogar, por temor a las violentas represalias de su padre (“papá andaba con un rebenque enorme, con el que llegaba a sacarle sangre a los caballos”), hacia la casa de una señora que le enseñó a bailar español “y después ella lo echó” y su procesión de pueblo en pueblo por las sucesivas expulsiones de las “casas de putas”, acusada de ser la causante de las peleas entre los hombres. La Manuela se constituye así como un ser nómada tanto en términos de su subjetividad marginalizada como del lugar al que va quedando relegada en el territorio.

Por supuesto estas formas de la violencia no solo implican la demarcación de límites sino una clara jerarquización entre lo que es diferenciado. En el caso de los que algunos llaman “crímenes de odio sexual”, ello implica a la vez sometimientos de las sexualidades diversas y la mostración (y demostración) de un dominio por la fuerza, ambas como ejercicio de masculinidad dominante. Esto nos lleva a pensar a quién/es pueden ser destinados estos “mensajes” inscriptos en las víctimas. Por una parte creemos que están dirigidos a los mismos victimarios, como performance de re-afirmación y actualización de su posición dominante y de su identidad; pero también se destinan al colectivo, tanto para los “diferentes” como para los “iguales” –por supuesto no queremos plantear que esto constituya un acto voluntario o realizado de una forma “racional con arreglo a fines” por quienes lo perpetrar, sino más bien un efecto o emergente de las relaciones de poder que los atraviesan–. Al momento de considerar las posiciones de jerarquía y subalternidad es importante también tener en mente que, por lo general, quienes sufren estos ataques llevan en sí más de un “estigma”, una combinatoria que puede ser sexual, de género, de posición social, étnica o de edad; por ejemplo en la novela que acá analizamos la Manuela puede ser clasificada a la vez como migrante o no-local, no-genéricamente adaptada, desviada en sus prácticas sexuales y de clase baja.

En este sentido, el uso de la violencia buscaría, a un cierto punto equívocamente, exhibirse como señal de *hegemonía*. Ahora bien, esta supuesta hegemonía en tanto se halla en los límites exclusivos de la violencia será, en realidad, una hegemonía no consolidada o, más precisamente, una *dominación* un tanto temerosa o amenazada, que justamente por eso busca infundir el

terror entre los que se constituirían como subordinados. A este respecto Connell afirmará que “la violencia forma parte de un sistema de dominación pero es al mismo tiempo una medida de su imperfección” (1997). En el texto es claramente distinto el gobierno de don Alejo –quien, si bien mantiene la violencia en la amenaza de sus perros, la separa de su persona a la cual se imbuye de un carácter paternal– y la opresión de Pancho fundada exclusivamente en el temor que despierta –sobre todo frente a la Manuela y las otras mujeres–.

Pero también consideramos que el temor es, en un primer momento, la emoción suscitada en quienes recurrirán a la violencia. El temor, al que se sumará la repugnancia, activan la violencia como medio para poner (y ponerse) un límite frente a la abyección del otro, vista como la amenazadora posibilidad de la propia disolución. Retomamos entonces la idea de la contaminación, del contagio, la cual vincularemos, siguiendo a Girard, con los continuos deslizamientos entre sexualidad y violencia. En El lugar sin límites surge la necesidad del sacrificio –que toma la forma de la violencia sobre la Manuela– para purificar el contacto sexual que mancha a Pancho y su masculinidad –sobre todo de frente a Octavio (7), quien es ahora su modelo masculino “es un gran, gran hombre [...por quien] uno siente las espaldas cubiertas”–.

Ahora desde la perspectiva de quien aplica la violencia nos preguntamos ¿cómo hace una persona para desplegar estos actos? Frente a este interrogante plantearemos la hipótesis de interpretar estos actos como la aplicación de un “derecho no escrito” de las leyes del patriarcado heterosexista, normas que, a pesar de su fuerza, no estarían escritas en ningún código. En realidad, consideramos que estarían inscriptas en un lenguaje sensiblemente distinto del legislativo, mucho más velado pero también mucho más efectivo –más que un lenguaje estaríamos frente de un sistema de relaciones que funciona en paralelo al lenguaje– estarían inscriptas en las *disposiciones de los cuerpos*. En la disposición del cuerpo “encrespado” por el temor al otro, allí se haría posible una performance –si se nos permite llamarla así– que, en el sentido butleriano, sería la que materializa la norma en cada iteración de su acto, le “da cuerpo”.

Finalmente queremos dejar abierta la cuestión acerca de la posibilidad de comprender los límites que distinguirían a la violencia de la sexualidad. Como ya dijimos, una diferenciación clara y tajante parece ser imposible, dados los constantes movimientos, las encabalgaduras de sexo y violencia. Será objeto de otro trabajo el continuar profundizando en este punto álgido de la problemática; pero creemos que es crucial para emprender dicha tarea el pensar ambas nociones, y sus inestables vínculos, en términos de las relaciones de poder, de subordinación, tomar en cuenta los márgenes de domino y la demarcación del otro como sujeto o como ser abyecto. Seguramente la violencia y el vigor del erotismo no sean los mismos, ni tengan el mismo sentido, cuando el contacto se da con un subalterno, mucho menos aun cuando es el cuerpo de un ser abyecto.

Notas

- (1) Ello puede ser visto también como vinculado a la androginia del personaje central (la Manuela) característica que, según Barcellos (2007), se encuentra presente en varios textos importantes de la literatura modernista y del siglo XX.
- (2) El epígrafe es una cita del Doctor Fausto, de Marlowe, Fausto pregunta a Mefistófeles en qué lugar se encuentra el infierno y este le responde: “En las entrañas de estos elementos. Donde somos torturados y permaneceremos siempre. El infierno no tiene límites, ni queda circunscrito a un solo lugar, porque el infierno es aquí donde estamos y aquí donde es el infierno tenemos que permanecer”.
- (3) Barcellos propone que el homoerotismo masculino no está necesariamente reñido con el machismo como forma hegemónica de la masculinidad. De todas maneras nos surgen dudas acerca del punto hasta el cual lleva esta idea Barcellos, quien, citando a Girman, afirmará que el machismo crea factores motivadores internalizados por lo cuales los hombres desean tener relaciones sexuales con otros hombres (Barcellos, 2007).
- (4) Para Kristeva lo abyecto implica “el surgimiento masivo y abrupto de una extrañeza que, si bien pudo serme familiar en una vida opaca y pasada, me hostiga ahora como radicalmente separada, repugnante. [...] Un ‘algo’ que no reconozco como cosa. Un peso de no-sentido que no tiene nada de insignificante y que me aplasta. En el linde de la inexistencia y de la alucinación, de una realidad que, si la reconozco, me aniquila. Lo abyecto y la abyección son aquí mis barreras” (citado en Figari, 2007).
- (5) La violencia de Pancho y Octavio sobre Manuela puede ser considerada a la vez violencia fundadora y conservadora de derecho, tal como Benjamin (1999) plantea que es la violencia policial. Es por ello que quienes terminan de dar la muerte y de borrar el cuerpo de la Manuela son los perros de don Alejo, los cuales pueden ser interpretados como una suerte de fuerza policial-legal en el sistema de poder de la Estación El Olivo. Otra clase de violencia, esta vez de conservación de derecho, se ve en las amenazas don Alejo a Pancho, recordándole su deuda y buscando que se mantenga dentro del orden legal -por ello aparece constantemente por detrás la amenaza de los perros-.
- (6) Parece una especie de castigo a esta subversión el fruto infértil, acaso maldito, de esta relación, nos referimos a la Japonesita, quien operaría constantes “reterritorializaciones” -en el sentido deleuziano- en la vida de la Manuela.
- (7) Octavio no sólo está vigilando las prácticas sexuales de Pancho sino que también evalúa su hombría en la relación económica con don Alejo, que alterna entre paternalista y humillante.

Bibliografía

Aguilar, Dietris (2003) *Simbología: realidad y sueño en El lugar sin límites de José Donoso, Espéculo*. Revista de estudios

- literarios. Universidad Complutense de Madrid online en: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero24/jdonoso.html>
- Barcellos, José Carlos (2007) *Homoerotismo e abjeção em O lugar sem limites de José Donoso*. *Lit. lingüíst*, n° 18, p.135-144, online en http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-58112007000100007&lng=es&nrm=iso%3e.%20ISSN%200716-5811.
- Barrientos, J. [et al] (2008) *Política, derechos, violencia y diversidad sexual: primera encuesta marcha del orgullo y diversidad sexual Santiago de Chile 2007*. Santiago, Chile: CLAM.
- Bataille, Georges (1997) *El erotismo*, Barcelona, España: Tusquets.
- Benjamin, Walter (1999) *Para una crítica de la violencia*. Madrid: Taurus.
- Cánovas, Rodrigo (2000) *Una relectura de El lugar sin límites, de José Donoso* En: *Anales de literatura chilena / Centro de Estudios de Literatura Chilena*, Pontificia Universidad Católica de Chile, online en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0015747.pdf>.
- Carrara, Sérgio y VIANNA, A. R. B. (2006) "*Tá lá o corpo estendido no chão...*": *a violência letal contra travestis no município do Rio de Janeiro* *Physis* 2006, vol. 16, no. 2, pp. 233-249, en línea: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0103-73312006000200006&lng=en&nrm=iso>.
- Connell, R. W. (1997) La organización social de la masculinidad. En: T. Valdés & J. Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No 24, Isis Internacional/ FLACSO.
- Fernández, Josefina (2004) *Cuerpos desobedientes. Travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.
- Figari, Carlos (2005) *Sociabilidad, política, violencia y derechos: la marcha del orgullo GLTTB de Buenos Aires: primera encuesta*; Buenos Aires: Antropofagia.
- Figari, Carlos. (2007) *Evas con cuerpo de Adán: repugnancia e indignación en la individuación subalterna* En: IV Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur, Catamarca.
- Gerodetti, Natalia y Bieri, Sabin (2006) (*Female hetero*) *Sexualities in transition: train stations as gateways*, en *Feminist Theory* 2006; 7; 69 SAGE en línea: <http://fty.sagepub.com/cgi/content/abstract/7/1/69>.
- Girard, René (1983) *La violencia y lo sagrado*, Barcelona: Anagrama.
- González, Bárbara G. (2006) *Reverso, espejos y mundos: El lugar sin límites de José Donoso* online en http://www.critica.cl/html/b_gonzalez_01.html.
- Jones, Daniel; Libson, Micaela; Hiller, Renata (comps.) (2006) *Sexualidades, política y violencia. La marcha del orgullo GLTTBI Buenos Aires 2005 segunda encuesta* Buenos Aires: Antropofagia
- Levi-Strauss, C. (1981). *Las Estructuras Elementales Del Parentesco*. Barcelona: Paidós Iberica Ediciones S A.
- Modarelli, A. (2005) 1998: Unas metamorfosis que ciegan y embriagan: Deseo, pánico y violencia en torno de las personas travestis en Argentina; En: Cáceres, C. et al. (eds.), *Ciudadanía sexual en América Latina* Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia
- Morcillo, Santiago (2004) *Anormalidad y control social en la obra de Michel Foucault*, mimeo, San Juan.
- Nater, Miguel Ángel. *José Donoso o el eros de la homofobia*. *Rev. chil. lit.* abr. 2006, no.68 en línea: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S071822952006000100005&lng=es&nrm=iso%3e.%20ISSN%200718-2295.
- Redding, Arthur (1998) *Raids on Human Consciousness. Writing, Anarchism, and Violence*. Columbia: Univ. of South Carolina Press.
- Segato, Rita (2003) *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

SANTIAGO MORCILLO

Es Sociólogo, doctorando en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde también desempeña tareas de docencia. Obtuvo los títulos de Licenciado en Sociología y de Profesor de Sociología (Universidad Nacional de San Juan). Becario del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Allí forma parte del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES) e investiga sobre sexo comercial y otras temáticas ligadas a la industria sexual, las sexualidades y subjetividades.